

CAPITULO XVIII.

CONQUISTA DE LA INGLATERRA POR LOS NORMANDOS.

Vuelta de la dinastía sajona (1042). — Eduardo el Confesor. — Haraldo, rey (1066). — Victoria de los Normandos en Hastings (1066). — Sumision de Londres. — Division de la Inglaterra. — Levantamiento de los Sajones. — Campo del refugio (1072). — Outlaws. — Invasion de la Inglaterra por el idioma, los usos y las costumbres de Francia. — Desgracia de esta conquista para la Francia.

Vuelta de la dinastía Sajona (1042). — **Eduardo el Confesor.** — Un hijo de Ethelredo, Eduardo el Confesor, vivia desterrado en Normandía. Fué llamado por los Sajones y recobró la corona de sus padres. Se rodeó de Normandos y les distribuyó dignidades civiles y eclesiásticas, lo cual hizo que los Sajones se manifestasen envidiosos. Tenian en la corte un representante muy poderoso, el conde Godwin, que por sí mismo y valiéndose de sus hijos gobernó un gran número de condados; pero cayó en desgracia á consecuencia de una querrela entre Sajones y Normandos. El pueblo en masa se pronunció en su favor, de tal modo, que el rey se apresuró á devol-

verle sus cargos y á arrojar á los Normandos.

Godwin murió en 1053, sucediéndole en sus dignidades y en su influencia su hijo mayor, Haraldo. Un dia se trasladó á Normandía, donde fué acogido con distincion, por el duque Guillermo, y, mientras iban cabalgando juntos le dijo: « Cuando Eduardo y yo vivíamos como dos hermanos, me prometió que si él llegaba á ser rey de Inglaterra me nombraría su sucesor: Haraldo, si tú me ayudas á serlo, te colmaré de bienes; prométeme entregarme el castillo de Douvres. » Haraldo se lo prometió en términos vagos, no atreviéndose á rehusar nada al hombre que le tenia bajo su poder. Llegado á Bayeux, y á presencia de su corte, Guillermo le invitó á jurar, sobre dos pequeños relicarios, que cumpliría sus promesas. Haraldo juró, pareciéndole que un juramento prestado sobre dos pequeños relicarios no debía ser un juramento de consecuencias importantes; pero Guillermo le habia engañado, porque debajo de los relicarios se hallaba una osamenta dentro de una vasija. Cuando la descubrieron, Haraldo se inmutó: ¿Cómo perjurarase ante los cuerpos de todos los santos?

Haraldo rey (1066). — A poco tiempo del regreso de Haraldo á Inglaterra, Eduardo

murió sin hijos. Los Sajones dieron la corona al hijo de Godwin. En seguida Guillermo le hizo recordar sus promesas « hechas sobre buenos y santos relicarios, » á lo que respondió Haraldo que, arrancadas por medio de la fuerza, no eran válidas y que por otra parte su reino pertenecía al pueblo Sajon. Guillermo le trató de usurpador, de sacrilego y apeló á la corte de Roma dirigida á la sazón por Hildebrando. El papa que se quejaba que no se le pagase el denario de San Pedro, excomulgó á Haraldo, dió la investidura del reino de Inglaterra á Guillermo y le envió una bandera bendita con un anillo que contenia un cabello de San Pedro embutido en un diamante. El duque publicó entónces su bando de guerra por toda la Francia : acudieron un sin número de aventureros y el 27 de setiembre de 1066 partió un ejército de 60 000 hombres de Saint-Valéry-sur-Somme, montando 1400 navíos.

Victoria de los Normandos en Hastings (1066). — El ejército desembarcó en Pevensey (Sussex). Haraldo acudió á su encuentro con fuerzas muy inferiores y se detuvo en una altura cerca de Hastings. Los Sajones se rodearon de empalizadas compuestas de fuertes estacas. Hallábanse contentos y desordenados; la noche que precedió al combate fué para

ellos una noche de cantos y libaciones; los Normandos, al contrario, la pasaron en rezar y recibir los sacramentos. Al dia siguiente estos últimos acometieron, pero las pesadas hachas sajonas destrozaban todo cuanto se aproximaba á la empalizada. Guillermo mandó entónces á los arqueros disparar al aire para que sus flechas cayesen detras de la trinchera : Haraldo perdió un ojo, pero no por eso fueron tomadas las empalizadas. Una fuga simulada atrajo á los sajones á la llanura. La caballería normanda tuvo entónces la ventaja, y los enemigos fueron derrotados. Haraldo pereció, y la bella Editha, « la del cuello de cisne, » fué la que únicamente pudo conocer el cuerpo del último rey Sajon (1066).

Sumision de Lóndres. — Guillermo marchó sobre Lóndres, lo cercó, y bien pronto la *corporacion* (consejo municipal) de la clase media de la ciudad fué á someterse. Entró en la ciudad, y en seguida dió principio á la construccion de la famosa *Torre de Lóndres*, con el objeto de mantener en el orden á los habitantes.

Reparto de la Inglaterra. — Guillermo habia tomado su parte, la corona, añadiendo á ella el tesoro de los antiguos reyes y la plata de las iglesias. En seguida llególes el

turno á sus compañeros, siendo la recompensa proporcionada á los méritos y á los servicios. Los barones, los caballeros recibieron castillos, vastos dominios, villas y aun ciudades. Hubo algunos que se casaron, de grado ó por fuerza, con viudas sajonas, y se instalaron en la morada del amo á quien habian expulsado ó dado muerte. Aquel que en el continente habia sido vaquero ó tejedor, se vió convertido en hombre de armas y gentil-hombre, con siervos ó vasallos, castillo y señorío. Trasmítieron á sus fieros descendientes sus nombres vulgares, señal de su origen: Frente de Toro, Guillermo el Carretero, Hugo el Sastre, etc.

El clero anglo-sajon fué tratado con igual rigor. Parte de él, arrastrado por la bula del papa, se habia unido á los vencedores; pero la mayoría, de origen sajon, se sacrificó ante las aras de la independencia nacional. Entre los cadáveres hallados en el campo de batalla de Hastings habia trece Tevestidos del traje monacal: el abad de Hida y sus doce religiosos. El clero sajon fué, pues, saqueado y perseguido; el primado Stigand, arrojado de su sede arzobispal de Cantorbery, fué reemplazado por el célebre Lanfranc. Los Normandos, franceses y lorenos, con solo estar tonsurados, fueron provistos de beneficios eclesiásticos.

Revueltas de los Sajones. — La resistencia no concluyó con Haraldo en los campos de Hastings, sino que por el contrario continuó durante seis años en casi todos los puntos del pais. La primera revuelta tuvo lugar durante un viaje que emprendió Guillermo al continente (1067). Hallábase sostenida por los habitantes del pais de Gales, y ocasionó alguna conmocion en Lóndres. Guillermo se apresuró á calmar la capital, prometiendo devolverla sus antiguos privilegios. Despues castigó á los rebeldes con dura mano; las ciudades de Exeter y de Leicester, que se habian declarado por los sublevados, fueron arruinadas. En Oxford, de 700 casas destruyeron 300. Por todas partes y sobre las ruinas de las ciudades, levantáronse fortalezas y establecióronse guardaciones.

Campo del refugio (1072). — Vencida en campo raso, tomó nueva forma la resistencia contra el extranjero. Entre las bocas del Nen y del Ouza, en la isla de Ely, los Sajones establecieron el *campo del refugio*, á donde acudian todos los proscritos y desde donde salian sin cesar cuadrillas atrevidas á turbar á los nuevos señores del pais. Guillermo cercó el campo del refugio, y una calzada construída al través de los pantanos, le permitió penetrar en él.

Outlaws. — Muchos Sajones resistieron todavía, aunque solo individualmente. Refugiados en los bosques donde vivían como bandidos, queridos del pueblo, lanzaban sus flechas contra el señor normando que pasaba junto á ellos y se alimentaban con la caza del rey. En vano se les perseguía poniéndoles fuera de la ley (*out-laws*); aquella raza de cazadores furtivos se perpetuó por espacio de más de un siglo, y su héroe, á quien todavía se canta en baladas populares, Robin Hood, nació hácia 1160.

Invasión de la Inglaterra por el idioma, los usos y las costumbres de la Francia. — Pero es preciso que ese nombre de Normandos no nos engañe, haciéndonos ver en ellos á los Escandinavos. Eran, en efecto, Franceses los que acababan de vencer, y su civilización, sus costumbres, su idioma é instituciones feudales iban á ser planteados en Inglaterra. Entre los nombres de los barones ingleses encuentranse hoy mismo algunos de Francia, y el francés fué el idioma de la corte y de los tribunales hasta la época de Eduardo III, esto es, hasta mediados del siglo XIV.

Desgracia de aquella conquista para la Francia. — La Francia, empero, pagó caro aquella conquista debida á sus armas, sus costumbres y su idioma. Los duques de Normandía, que llegaron después á ser reves de

Inglaterra, gozaron de un poder que amenazó por largo tiempo al de los reyes de Francia. Dos siglos de guerra y ocho de celosa enemistad entre los dos pueblos, tales fueron para nosotros los resultados de aquel grande acontecimiento.



Pedro el Ermitano predica las cruzadas.

CAPITULO XIX.

PRIMERA CRUZADA (1095-1099).

Las romerías. — Pedro el Ermitano y el concilio de Clermont (1095). — Partida de los primeros cruzados (1096). — Estado del imperio griego. — Los cruzados en Constantinopla (1097). — Toma de Nicea (1097). — Trayecto por medio del Asia Menor: batalla de Dorylea (1097). — Sitio y toma de Antioquía (1098). — Derrota de Kerboya. — Llegada delante de Jerusalem. — Sitio y toma de Jerusalem (15 de Julio de 1099).

Las romerías. — Una opinion fundada en a interpretacion de un pasaje del Apocalipsis

de san Juan habia hecho creer que el mundo debia concluir el año mil. Pasado el momento terrible, los pueblos, felices en continuar viviendo hicieron patente su agradecimiento por un fervor más ardiente. Reconstruyéronse un gran número de iglesias; visitáronse con avidez los lugares sagrados para contener las reliquias de los mártires; y generalizándose la costumbre de las peregrinaciones, aventuráronse á pasar los montes, á atravesar los mares. Algunos, aunque en corto número al principio, fueron hasta Jerusalem. Foulques Nerra, conde de Anjou, emprendió tres veces tan penoso viaje; Roberto el Magnífico, duque de Normandía, lo llevó á cabo en 1035; el obispo de Cambrai y 3 000 Flamencos, en 1054; cuatro obispos alemanes y 7 000 hombres, en 1067. Aumentaba de este modo el número de los peregrinos. Pero, en 1082, los Turcos ortokides se apoderaron de la ciudad santa, y desde aquel día no se admitió á los peregrinos sino á costa de toda clase de humillaciones.

Pedro el Hermitaño y el concilio de Clermont (1095). — Un monje, llamado Pedro el Ermitaño, hizo resonar en Francia la triste narracion de aquellos infortunios, y el pueblo, lleno de un piadoso entusiasmo, se armó por do quiera para arrebatar á los infieles el se-

pulcro de Cristo. El concilio de Clermont, celebrado en 1095, bajo la presidencia del papa frances Urbano II, predicó la cruzada. Subió á más de un millon el número de aquellos que en este año y en el siguiente, llevaron en su pecho la cruz de paño encarnado, signo de su alistamiento, en la santa empresa. La Iglesia les colocó bajo la proteccion de la tregua de Dios, y les concedió como bienes durante la expedicion varios privilegios.

Partida de los primeros cruzados (1096).

— Acudieron cruzados de los países más remotos; véanse abordar á los puertos de Francia, dice un contemporáneo, gentes que no pudiendo hacerse comprender, hacian con sus dedos la señal de la cruz para indicar que deseaban asociarse á la santa guerra. » Los mas impacientes, los pobres, confiando solo en Dios, marcharon los primeros al grito de : *¡ Dios lo quiere!* sin preparativos, casi sin armas. Mujeres, niños, ancianos, todos acompañaban á sus esposos, padres ó hijos. Y oíase exclamar á los mas pequeños colocados en carros tirados por bueyes, luego que divisaban un castillo ó una ciudad : *¿ no es aquella Jerusalem?*

Una vanguardia de 15 000 hombres que entre todos no reunian mas que 8 caballos, abria la marcha á las órdenes de un pobre caba-

llero normando, llamado Gauthier *sin Haber*. Pedro el Hermitaño seguia con 100 000 hombres, y otra columna, á las órdenes del sacerdote aleman Gotteschalk, cerraba la marcha. Tomaron por la Alemania, degollando á los judíos que hallaban á su paso, ejecutando por todas partes actos de pillaje para proporcionarse víveres, y acostumbrándose á la violencia. En Hungría, los desórdenes fueron tales, que la poblacion se armó y arrojó á los cruzados á la Tracia, despues de haber muerto á muchos. Solo llegó un corto número á Constantinopla. El emperador Alexis, para librarse de semejantes auxiliares, se apresuró á hacerlos pasar al Asia. En el llano de Nicea sucumbieron todos al filo de los sables turcos, y sus huesos sirvieron despues para fortificar el campo de los segundos cruzados.

Partida del gran ejército de los cruzados (1096). — En tanto que perecia aquella vanguardia aventurera, los caballeros se armaban, se contaban, se organizaban, y por último partian en número de 100 000 ginetes y 600 000 infantes, por diferentes caminos y á las órdenes de diversos jefes. Los Franceses del norte y los de la Lorena se dirigieron por la Alemania y Hungría. Marchaban con estos Godofredo, duque de Bullon y de la baja Lorena, el mas intrépido, fuerte y piadoso de

los cruzados y sus dos hermanos, Eustaquio de Bolonia y Baudoin. Los Franceses del Mediodía, con su rico y poderoso conde de Tolosa á su cabeza, atravesaron los Alpes, y por la Dalmacia y la Esclavonia llegaron á la Tracia; Adhemar, obispo de Puy, legado de la Santa Sede, y jefe espiritual de la cruzada, se hallaba en aquel ejército. El duque de Normandía, los condes de Blois, Flandes y Vermandois, fueron á unirse con los Normandos de Italia, esto es, con Bohemundo, príncipe de Tarento, y su primo Tancredo, que fué despues de Godofredo el mas perfecto caballero de aquel tiempo: todos juntos atravesaron el Adriático, la Grecia y la Macedonia. El punto de reunion era Constantinopla.

Estado del imperio griego. — El imperio griego no se habia rehabilitado de su decadencia, y lo que de nuevo contribuia á su prostracion era el haberse separado del comun de la Europa católica, formando una Iglesia á parte. Aquel cisma, que arrastró consigo á los Rusos, subsiste todavía. Los Turcos dueños de la Siria y del Asia Menor, acampaban en frente de Constantinopla, y el emperador Alexis demasiado débil para resistirle, hacia muchos años que llamaba en su socorro á los cristianos de Occidente.

Las cruzadas en Constantinopla (1097).

— Pero cuando vió llegar aquella turba inmensa de caballeros, temió que quisieran empezar su cruzada por apoderarse de la gran ciudad. Algunos en efecto pensaron en ello, con el objeto de acabar con las perfidias « de aquellos Gréculos, los mas cobardes de los hombres. » Pero Godofredo de Bullon se opuso á ello. Consintió hasta en rendir de antemano homenaje al emperador Alexis, por todas las tierras de que se apoderase. « Cuando lo hubo verificado, nadie rehusó seguir su ejemplo. »

Como prestasen este juramento, uno de ellos, un conde de la alta nobleza, tuvo el atrevimiento de sentarse sobre el trono imperial. El emperador nada dijo, conociendo la presuncion de los Francos; el conde de Bullon hizo retirar á aquel insolente, manifestándole que nadie debia sentarse de semejante modo en presencia de los emperadores. El otro no respondió; pero miraba al emperador con enojo, y renegaba, diciendo en su idioma: « Ved á ese rústico que está sentado, miéntras que tantos valientes capitanes están en pié. » El emperador se hizo explicar estas palabras; cuando los condes se hubieron retirado, llamó aparte á aquel orgulloso y le preguntó quién era. « Soy Franco, le respondió, y de los mas nobles. En mi pais,

hay en la encrucijada de tres caminos, una antigua iglesia, donde todo el que tiene deseos de batirse, acude á rogar á Dios y á esperar á su adversario. Por mas que yo he esperado, nadie ha venido. » Alexis no se consideró tranquilo mientras no hizo pasar al Asia hasta el último de aquellos combatientes tan altaneros.

Toma de Nicea (1097). — Los Cruzados pusieron sitio á la gran ciudad de Nicea, que se hallaba casi á la entrada de la península asiática. Iba á entregarse, despues de violentos combates, cuando los Griegos que se hallaban en el ejército persuadieron á los habitantes á enarbolar el estandarte de Alexis: cubiertos con los colores del imperio, no pudieron ser atacados. Los cruzados indignados de tal perfidia, se retiraron é internaron en el Asia Menor.

Trajecto por en medio del Asia Menor: batalla de Dorilea (1097). — Los cruzados vencieron á los Turcos en el llano de Dorilea (1097), pero experimentaron horriblos sufrimientos en aquella árida region en que todo faltaba, hasta el agua. Habiendo perecido la mejor parte de los caballos, vióse á muchos señores montados sobre burros y bueyes, y en un solo dia murieron de sed 500 personas.

Sitio y toma de Antioquía (1098). — Los cruzados no llegaron delante de la gran ciudad de Antioquía, defendida por una fuerte muralla y 460 torres, hasta el 18 de octubre de 1097. Este sitio fué muy largo; el hambre obligó á los sitiadores á comer cardos y animales muertos; algunos comieron musulmanes. Bohemundo salvó al ejército franqueándole la entrada de Antioquía, merced á haberse puesto en inteligencia en la ciudad con un renegado. Durante una noche de tempestad, en que el bramido del viento y el estrépito de los truenos ensordecian á los centinelas, los cristianos salvaron los muros por medio de escalas de cuerda que les arrojaron de la plaza, y se precipitaron en la ciudad á los gritos de *¡Dios lo quiere!* Pero Bohemundo habia hecho que le comprasen la salvacion del ejército; ántes de entrar en la plaza estipuló que seria principe de Antioquía.

Derrota de Kerboga. — Los Cruzados, reducidos á la mitad, hallaron en la ciudad los sufrimientos que habian experimentado enfrente de sus muros, porque á su vez fueron asediados por 200 000 Turcos á las órdenes de Kerboga, teniente del califato de Bagdad. Godofredo se vió en el caso de matar su último caballo de batalla para poder vivir. Una

victoria los salvó : el ejército de Kerboga fué derrotado completamente.

Llegada delante de Jerusalem. — En vez de dirigirse en seguida sobre Jerusalem, perdieron todavía seis meses en Antioquía, donde les diezmó la peste. Cuando hubieron de partir eran unos 50 000 en vez de 600 000 que habian salido de Europa. Costearon las playas del Mediterráneo, para mantenerse en comunicacion con las escuadras de los Genoveses y Pisanos que les llevaban víveres. Además, se encontraban en los fértiles valles del Libano, donde se repusieron de lo que ántes habian sufrido. El entusiasmo crecía á medida que se acercaban á la ciudad santa y que atravesaban los lugares consagrados por los recuerdos del Evangelio. Por fin, así que hubieron pasado la última colina, Jerusalem se mostró á sus ojos. « ¡O buen Jesus, dice un monje que se hallaba en el ejército, cuando los cristianos vieron tu ciudad santa qué de lágrimas bañaron sus mejillas! » « Por todas partes resonaban los gritos de ¡Jerusalem! ¡ Jerusalem Dios lo quiere! ¡ Dios lo quiere! Extendían los brazos : hincábanse de hinojos y besaban la tierra.

Sitio y toma de Jerusalem (15 julio 1099).
— Preciso era apoderarse de aquella ciudad, objeto de tantos votos y que se hallaba defen-

dida por los soldados del califa fatimita del Cairo, que la habian conquistado de los Turcos. Los cruzados sufrieron mucho todavía ante aquellos muros. El sol de estío del Asia quemaba la tierra, el torrente de Cedron estaba seco, las cisternas cegadas ó envenenadas por el enemigo : hallábanse apenas algunos charcos de agua fétida que hacia volver atras aun á los mismos caballos. Para reanimar moralmente al ejército se hizo una procesion al rededor de la ciudad : todos los cruzados se detuvieron en el monte de los Olivos, donde se prosternaron. El 15 de julio de 1099, al despuntar el dia, se dió un asalto general. Tres grandes torres volantes se aproximaron á las murallas; pero nada se habia logrado aún despues de un dia de combate, nó siendo sino al siguiente, despues de nuevas vicisitudes, cuando los cruzados consiguieron su objeto. Tancredo y Godofredo fueron los primeros que asaltaron la plaza por dos lados diferentes. Fué preciso pelear en las calles y forzar la mezquita de Omar, donde se defendian los musulmanes. Una horrorosa carnicería de musulmanes y judíos inundó de sangre la ciudad, y en la mezquita la sangre llegaba hasta el pecho á los caballos. Suspendióse el degüello para ir todos, descalzos

y sin armas, á arrodillarse delante del Santo Sepulcro; pero volvió á principiar en seguida, y duró una semana.

Godofredo, baron del Santo Sepulcro.—Godofredo fué elegido por unanimidad, rey de Jerusalem, pero no aceptó sino el título de *defensor y baron del Santo Sepulcro*, negándose « á llevar corona de oro, donde el Rey de los reyes, Jesucristo, habia ceñido una corona de espinas. » La victoria de Ascalon, obtenida por él poco tiempo despues contra un ejército egipcio, aseguró la conquista de los Cruzados. Pero por entonces los cristianos se hallaban ya hartos de tantas fatigas: los señores estaban ansiosos de volver á sus hogares. No quedaron mas que 300 caballeros al lado de Godofredo y de Tancredo. « No olvideis nunca, decian con lágrimas lo que se quedaban á los que se iban, no olvideis nunca, á vuestros hermanos que dejais en el destierro; de vuelta á Europa inspirad á los cristianos el deseo de visitar los Santos Lugares que nosotros hemos libertado: exhortad á los guerreros para que vengan á combatir con nosotros á las naciones infieles. » Pero la Europa perdió el entusiasmo cuando vió volver tan poca gente de una expedicion tan gigantesca, y transcurrieron cincuenta años ántes que se emprendiese una nueva cruzada para acudir al socorro del reino de Jerusalem.



Muerte de San Luis.

CAPITULO XX.

ÚLTIMAS CRUZADAS (1099-1270).

Número de las cruzadas — La segunda cruzada (1147-1149). — Toma de Jerusalem por Saladino (1187); tercera cruzada (1189). — Desastre del ejército alemán y muerte de Federico Barbaroja (1190). — Sitio de Tolomais (1191). — Cuarta cruzada (1202-1204). — Venecia. — Toma de Constantinopla (1204). — Fundacion de un imperio frances en Constantinopla (1204-1261). — Últimas cruzadas. — Resultado de las cruzadas.

Número de las cruzadas. — El gran movimiento de las cruzadas continuó por espacio de mas de siglo y medio, y arrastró á